

más útiles para la república internacional de las letras? "Los cien amigos" llama Alfonso Reyes a su serie de plaquetas destinadas a sus mil amigos. Y su *Monterrey*, ese periódico personal anclado en el cerro simbólico, ¿no es de por sí uno de los más eficaces P. E. N. Clubs? Pues con *Monterrey* no sólo se mantiene Reyes en comunicación con cada uno de sus amigos literarios, sino que todos los amigos suyos nos encontramos allá y nos saludamos y nos decimos qué hemos hecho o qué proyectamos hacer, o hablamos sobre un mismo tema desde los puntos más lejanos de Europa y América. Un P. E. N. Club que tiene su circunferencia en todas partes y su centro en Alfonso Reyes.

Amado ALONSO.

*Sur*. Buenos Aires, año VI, No. 23,

Agosto de 1936, págs. 120-123.

## CRÓNICA LITERARIA

*Las Vísperas de España*, por Alfonso Reyes (Sur)

"Hace días que el frío labra las facetas del aire y vivimos alojados en un diamante puro" —dice Alfonso Reyes. Y dice también el lector de Alfonso Reyes al terminar *Las Vísperas De España*.

Sólo que el artífice capaz de labrar las facetas del aire y alojarnos en un diamante puro, hazaña intentada por otros artífices, y que, desde hace tiempo, constituye el gran propósito del arte, además de ese don milagroso posee ciertas habilidades ligeramente mágicas que lo diferencian de la cofradía artificiosa.

El alojamiento de cristal diamantino que Alfonso Reyes prepara a sus lectores, para encantarlos y deslumbrarlos, es una habitación tibia, acogedora, sin aristas de pedantería y como hecha naturalmente, con un placer amable.

Nada de golpes ni cincelazos visibles, ninguna ostentación de habilidad soberbia: una cordialidad humana acogedora, una sencillez invisible infusa y difusa que hace la atmósfera cómodamente respirable.

Eso es lo raro.

Lo otro ya se sabe. Se proscriben las frases hechas, se exterminan los adjetivos consagrados, se apartan las parejas de palabras tradicionales y se quiebran las imágenes y con ellas los pensamientos y los sentimientos envejecidos. Pero, entonces, la prosa o el verso destilan un hielo mortal, y la pobre gente tiritita dentro del período o de la estrofa renovados. Así las escuelas mueren y resucitan.

Alfonso Reyes se ha librado, no se sabe cómo, del trance.

Su calor afectivo, su cultura clásica fina, hecha sangre, su limpio buen gusto crean una especie de pasado a las nuevas alianzas de

vocablos que surgen de lo antiguo y se instalan inmediatamente en lo moderno.

Y esto lo ha hecho ¿cómo, cuándo? He ahí el mayor prodigio. No en un laboratorio de alquimista ni entre desvelos penosos, sino como jugando, al correr de los días. "No dudo que os parezca ligero este cuaderno de notas y rápidos trazos (dice a sus amigos de Madrid y México, en un saludo inicial y como tarjeta de excusas, preparatoria), testimonio de lo más superficial que he visto en Madrid. ¿Necesito aseguráros que no para en esto mi interpretación de Madrid?". Trátase de crónicas volanderas pertenecientes a una época anterior a la guerra española —las vísperas de la catástrofe—, "época que abarca más o menos mis diez años de Madrid, desde 1914 hasta 1924". Necesitaba ganarse la vida con la pluma como periodista. Sus entorchados de diplomático en París estaban rotos. Esa es la fecha, el sitio, la ocasión; cuanto al procedimiento y las condiciones materiales, "... consideren mis amigos que muchas de estas notas están hechas a media noche, rodando solo por esas posadas de Madrid, sin saber a lo que había venido y bajo el recuerdo de las cosas lejanas".

Mas ni esas posadas, ni esas noches, ni esos tristes recuerdos de un bien perdido empañan en lo más mínimo la visión del poeta ni el goce del artista que la saborea deleitosamente y la comunica en un tono apenas humorístico.

Oigase su *Canción de amanecer*.

"Me despierta el luminazo de la ventana: un cielo resueltamente azul: un ángulo de muro enalado que se tuesta en oro. Es tan temprano, que el cuerpo se resiste aún y, durante algún tiempo, el sueño entra y sale por los ojos, antes de abandonarnos".

El *Luminazo* de la ventana . . . Un escritor chileno inventó, para dar la sensación del amanecer campestre, la palabra *diucazo* o golpe del canto de la diuca; desperté "al primer diucazo", dice. El aumentativo ahí causa un efecto violento, poco agradable, que

no tiene nada de aéreo, ni matinal; es el cuerpo y no el cantar del pájaro el que se estrella contra el oído; y uno y otro sufren. Nadie, en cambio, podrá sentirse lastimado por el "luminazo" de Alfonso Reyes. Hace abrir los ojos sin herirlos. Y esboza una sonrisa ese sueño que entra y sale por los ojos, tan gráfico.

"Suben los rumores por el vano: cloquear de gallinas, mugir de vacas, patético ensayo de una mula que no puede hallar el término medio entre el relinche y el rebuzno . . ." Alfonso Reyes, ¿es un visual, es un auditivo? Las dos sensaciones se funden indisolublemente no sabemos si en su paleta o su instrumento. Los relinchos lo impresionan mucho. Más adelante, al final, esa mula patética, analizada a lo Proust —algo de Proust y algo de Gabriel Miró integran su prosa—, halla ecos en todo un coro de relinchos, esta vez lanzados por caballos legítimos: "Hay relinchos que van al paso, de gran parada; otros incómodos, que trotan; relinchos ligeros, que galopan; y relinchos desgarrados que huelen a viento y a pólvora. Dejan regueros de chispas en el aire. Hay relinchos extáticos, de estatua de bronce que canta con el sol . . . Cohetes del alma del caballo, unos corren por el suelo como buscapíes. Otros suben, rectos, y "estallan como una palmera momentánea de oro". ¿Más pintura que música, más música que pintura? No se sabe.

Sigamos con el amanecer:

"Oigo entonces lo que sólo entonces he oído: caricias de una madre a un pequeño. Por esas calles del pueblo no es fácil sorprender ternuras; vense mujeres con hijos colgándoles de la cintura y los brazos; pero maldicientes, rabiosas:

—¡Hay que ver! ¡Hay que ver la guerra que dan los críos!

"Y mojicón por aquí, cachete por allá, infierno de chillidos y cólera. La mujer del pueblo vive aquí de la cólera. Ellos son más mansos en el trato. Ellas, broncas, iracundas siempre. Y hasta para acariciar al hijo ¡tanta aspereza! ¿Sabéis lo que se oye por esos arrabales?

—“¡Te voy a pegar en el culo!

“Esta es la caricia que muchas mujeres del pueblo dedican a sus hijos”.

Ahora ya no estamos en el reino de la magia, produciendo ilusiones. Nos acercamos a la ternura, al enternecimiento. Gran peligro. El arte moderno le huye, es duro, juvenil. La juventud, edad sin misericordia . . . ¿Se nos va a ablandar demasiado Alfonso Reyes?. Le hemos visto romper el tono con la última exclamación y el vocablo crudo, sabroso, castizo. “*Te voy a pegar en el culo!*” Le veremos detenerse en el límite de la emoción, en la línea justa:

“Mi vecina, en cambio, es toda miel al amanecer. La hora sin trabajo, la hora de su corazón. Oigo los besos y oigo unas palabras tan dulces que me hacen pensar en mi tierra:

—“¡Mi rey, mi ángel! ¡Mi rey, mi ángel!

“Y al fin —cuando ya no cabe en el pecho la ternura— brota una canción. No es bella su voz; pero es de animal exacto; funciona bien . . .”

Hemos pasado el peligro. Quedó la ternura, se entrevió la nostalgia; no sobrevino el enternecimiento: animal exacto, funciona bien . . . Con esos simples toques, el equilibrio se restablece y el cuadro sigue: “Es la más hermosa canción de España. Me llegan algunas frases destacadas: un lenguaje claro, giros bien casados, bien cocidos, vieja lengua del pueblo, con unos gerundios que danzan y unos espesos relativos . . . Si quiero recordar la tonada, zumba vagamente a mis oídos y al fin se escapa”. No nos engañamos: la tonada, Alfonso Reyes la recuerda perfectamente y podría entonarla —o inventarla—. Es él quien se nos escapa. “Canta, canta la clara voz. El sueño entra y sale. Abro los ojos. Cierro los ojos. Bailan unas moscas en la luz”.

Aquí, en esta *Canción de Amanecer*, mejor que en muchas

estrofas y que hasta en algunos libros, tenemos al escritor, al poeta, al hombre. Para producirla, para que esta página de belleza y fresco humorismo alcanzara la perfección que alcanza, necesitábanse los diez años de estudios madrileños, la saturación clásica, el despertar moderno, la madurez jugosa, sin rastros de ácido, bullente y acendrado, todo ello, con su chispa de jugueteo burlón y su calorillo sentimental, amasado y fundido en el temperamento de un hombre tan cuerdo que comprende la locura y no se asusta de la aparente extravagancia. El ha proclamado en otra parte el derecho a la locura, —Oh! ráfaga salutífera, oh! aire fresco! La hija les salió novelera! —y tiene el derecho de hacerlo: no corre ni nos hace correr peligro al lanzarse a la aventura, porque las estrellas la guían y conoce por instinto y por arte, el buen camino.

Su casa es de cristal y hielo, de aire tallado en facetas como diamantes; pero adentro no sólo hay juegos de luces fascinadoras, sino un aire tibio, un asiento cómodo, una amable sonrisa y una palabra moderada, amistosa.

Y eso es lo que diferencia a Alfonso Reyes, el mexicano de Hispano-América, el español, en la selecta y soberbia cofradía de los artífices, revolucionarios y creadores de nuevos verbos, de nuevas imágenes. Por eso, aunque nuevo, no nos parece extraño.

ALONE.

*La Nación*, Santiago de Chile,

21 de noviembre de 1937.